

CUENTOS PARA
ENTENDER EL MUNDO
ELOY MORENO



Lectulandia

Este es un libro dedicado a todos aquellos que siguen siendo niños aunque los adultos les obliguen a disimularlo. Son 38 cuentos cortos que te harán pensar, reflexionar, sentir, vivir... y sobre todo te ayudarán a comprender un poquito mejor el mundo.

Están recomendados tanto para niños a partir de 5-6 años como para adultos, pues no sé por qué, pero a los adultos ya no nos cuentan cuentos. Son pequeñas historias que nos harán desarrollar nuestra capacidad de reflexión.

Lectulandia

Eloy Moreno

Cuentos para entender el mundo

ePub r1.0

Titivillus 13.06.2018

Eloy Moreno, 2015
Diseño de cubierta: Pablo Zerda

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los zapatos del hombre afortunado

Hace ya mucho mucho tiempo... en un reino muy muy lejano... había un rey cuyo poder y riqueza eran tan enormes como profunda era la tristeza que cada día le acompañaba.

Lo tenía todo y aun así no conseguía ser feliz, siempre sentía que le faltaba algo. Un día, harto de tanto sufrimiento, anunció que entregaría la mitad de su reino a quien consiguiera devolverle la felicidad.

Tras el anuncio, todos los consejeros de la corte comenzaron a buscar una cura. Trajeron a los sabios más prestigiosos, a los magos más famosos, a los mejores curanderos... incluso buscaron a los más divertidos bufones, pero todo fue inútil, nadie sabía cómo hacer feliz a un rey que lo tenía todo.

Cuando, tras muchas semanas, ya todos se habían dado por vencidos, apareció por palacio un viejo sabio que aseguró tener la respuesta:

«Si hay en el reino un hombre completamente feliz, podréis curar al rey. Solo tenéis que encontrar a alguien que, en su día a día, se sienta satisfecho con lo que tiene, que muestre siempre una sonrisa sincera en su rostro, que no tenga envidia por las pertenencias de los demás... Y cuando lo halléis, pedidle sus zapatos y traedlos a palacio. Una vez aquí, su majestad deberá caminar un día entero con esos zapatos. Os aseguro que a la mañana siguiente se habrá curado».

El rey dio su aprobación y todos los consejeros comenzaron la búsqueda.

Pero algo que en un principio parecía fácil, resultó no serlo tanto: pues el hombre que era rico, estaba enfermo; el que tenía buena salud, era pobre; el que tenía dinero y a la vez estaba sano, se quejaba de su pareja, o de sus hijos, o del trabajo... Finalmente se dieron cuenta de que a todos les faltaba algo para ser totalmente felices.

Tras muchos días de búsqueda, llegó un mensajero a palacio para anunciar que, por fin, habían encontrado a un hombre feliz. Se trataba de un humilde campesino que vivía en una de las zonas más pobres y alejadas.

El rey, al conocer la noticia, mandó buscar los zapatos de aquel afortunado. Les dijo que a cambio le dieran cualquier cosa que pidiera.

Los mensajeros iniciaron un largo viaje y, tras varias semanas, se presentaron de nuevo ante el monarca.

—Bien, decidme, ¿lo habéis conseguido? ¿Habéis localizado al campesino?

—Majestad, tenemos una noticia buena y una mala. La buena es que hemos encontrado al hombre y en verdad que es feliz. Le estuvimos observando y vimos la ilusión en su mirada en cada momento del día. Hablamos con él y nos recibió con una amplia sonrisa y con la alegría reflejada en sus ojos...

—¿Y la mala? —preguntó el rey impaciente.

—Que no tenía zapatos.

* * *

Cruzar el río

Un maestro envió a dos jóvenes monjes a una aldea cercana para realizar unas compras. Como estos nunca habían salido al mundo exterior les avisó de que se encontrarían con peligros y tentaciones que debían saber acometer correctamente, sobre todo las relacionadas con los temas carnales.

Ambos jóvenes se pusieron en marcha desconociendo lo que se podían encontrar por el camino. Durante las primeras dos horas se cruzaron con comerciantes, peregrinos... hasta que, al llegar a un río, escucharon a una chica joven con un vestido medio roto llorando en la orilla. Ambos monjes se acercaron para ver qué ocurría.

—Acabo de caerme por esa ladera y me he torcido el tobillo. No tengo fuerzas para cruzar el río y llegar a mi casa que está ahí enfrente, ¿podéis ayudarme a pasar al otro lado?

Uno de los monjes, sin pensarlo, la cogió en brazos y, ante el asombro de su compañero, comenzó a cruzar el río con ella encima.

Tras unos minutos la dejó en la otra orilla y la acompañó hasta su casa que estaba a unos metros. La joven le dio un beso en la mejilla en señal de agradecimiento.

El monje cruzó de nuevo para reunirse con su compañero, pero este, en cuando lo tuvo al lado, comenzó a recriminarle su comportamiento.

—Has llevado a una chica joven medio desnuda en tus brazos, vas a cargar con un gran pecado, nos lo habían advertido.

Pasaban las horas y durante todo el camino de regreso su compañero no paraba de recriminarle lo que había hecho.

En cuanto llegaron al monasterio fue a contarle al maestro lo ocurrido.

—¡Sí, sí, la ha cogido en brazos y la ha llevado hasta el otro lado! —insistía.

—Bueno, al menos él soltó a la mujer cuando cruzó el río, en cambio tú todavía la llevas encima —le contestó el maestro.

* * *

El cielo y el infierno

Dos amigos tenían una duda que nadie era capaz de resolverles, por eso decidieron ir en busca de una de las mujeres más sabias que había por la zona.

Tras caminar un buen rato por el bosque finalmente llegaron a su casa: una pequeña cabaña junto a un bonito lago.

—Buenas tardes, muchachos, ¿qué os ha traído hasta aquí? —les dijo amablemente la anciana.

—Buenas tardes. Queríamos hacerle una pregunta que nadie ha sabido respondernos hasta ahora.

—Decidme, decidme —contestó de nuevo la mujer mientras servía tres tazas de té.

—Nos gustaría saber la diferencia que hay entre el cielo y el infierno —le dijeron los dos amigos mientras aceptaban las infusiones.

—Vaya, una pregunta difícil —susurró la anciana.

Dejó pasar unos minutos y, tras respirar lentamente, comenzó a hablar.

—Veo una montaña de arroz recién cocinado, muy sabroso y todavía humeante. A su alrededor hay muchos hombres y mujeres, pero todos ellos están muy hambrientos y desnutridos.

»Sus palillos de comer son más largos que sus propios brazos y por más que lo intentan, no pueden llevarse ni un solo grano de arroz a la boca.

La mujer se mantuvo en silencio durante unos instantes, tomó un pequeño sorbo de su té y volvió a hablar de nuevo.

—Veo también una montaña de arroz recién cocinado, igual de humeante y sabroso que el anterior. Y a su alrededor hay muchos hombres y mujeres, todos ellos se miran satisfechos, están muy bien alimentados y sus rostros reflejan verdadera felicidad.

»Sus palillos de comer también son más largos que sus propios brazos, pero han decidido darse la comida los unos a los otros.

* * *

El niño que pudo hacerlo

Dos niños llevaban toda la mañana patinando sobre un lago helado cuando, de pronto, el hielo se rompió y uno de ellos cayó al agua.

La corriente interna lo desplazó unos metros por debajo de la parte helada, por lo que para salvarlo la única opción que había era romper la capa que lo cubría.

Su amigo comenzó a gritar pidiendo ayuda, pero al ver que nadie acudía buscó rápidamente una piedra y comenzó a golpear el hielo con todas sus fuerzas.

Golpeó, golpeó y golpeó hasta que consiguió abrir una grieta por la que metió el brazo para agarrar a su compañero y salvarlo.

A los pocos minutos, avisados por los vecinos que habían oído los gritos de socorro, llegaron los bomberos.

Cuando les contaron lo ocurrido, no paraban de preguntarse cómo aquel niño tan pequeño había sido capaz de romper una capa de hielo tan gruesa.

—Es imposible que con esas manos lo haya logrado, es imposible, no tiene la fuerza suficiente ¿cómo ha podido conseguirlo? —comentaban entre ellos.

Un anciano que estaba por los alrededores, al escuchar la conversación, se acercó a los bomberos.

—Yo sí sé cómo lo hizo —dijo.

—¿Cómo? —respondieron sorprendidos.

—No había nadie a su alrededor para decirle que no podía hacerlo.

* * *

La rana y el escorpión

En la orilla de un lago vivía una rana muy amable que ayudaba a todos los animales que no sabían nadar a cruzar el estanque.

Cargaba a su espalda a pequeños ratones, orugas, escarabajos... y todo tipo de insectos.

Pero cierto día, un escorpión que se había perdido le pidió que le ayudara a cruzar.

—Rana, necesito cruzar el lago, pero mi cuerpo no tiene la capacidad de nadar, ¿podrías ayudarme?

La rana, que conocía la fama de los escorpiones, sabía que no podía fiarse.

—¿Que te lleve sobre mi espalda?, de ninguna manera. No te conozco y en cualquier momento podrías clavarme tu aguijón y me matarías.

—Pero ¿cómo voy a picarte? Si así lo hiciera moriríamos los dos, pues yo no sé nadar.

Aun así la rana no estaba del todo convencida. En realidad el escorpión tenía razón, si le picaba él también se ahogaría en el agua.

—Por favor, rana... necesito pasar al otro lado.

Ante tanta súplica, la rana aceptó, y el escorpión, con cuidado, se subió a su espalda.

Y así comenzaron a cruzar el lago.

En un principio todo iba bien y la rana, poco a poco, fue perdiendo el miedo. Pero cuando ya estaban llegando a la otra orilla, realizó un movimiento brusco para esquivar unas ramas y, en ese momento, el escorpión le picó en la espalda.

La rana sintió un profundo dolor y fue notando cómo el veneno le entraba en el cuerpo paralizándole los músculos.

—Pero ¿qué has hecho?, ¿por qué me has picado? ¡Prometiste no hacerlo! Ahora vamos a ahogarnos los dos.

—No he podido evitarlo, es mi naturaleza —contestó el escorpión.

La rana, apoyándose en unas ramas, aún consiguió salir a la superficie y así salvar su vida. Pero el escorpión se quedó a unos pocos metros de la orilla, intentando no hundirse.

Una mujer que paseaba alrededor del lago observó al escorpión intentando alcanzar la orilla. Sin pensarlo, se acercó, alargó su brazo y lo cogió. Pero, en ese mismo instante, le picó en la mano. Como reacción lo soltó y el animal cayó de nuevo al agua.

Tras unos segundos, la mujer vio cómo el escorpión intentaba de nuevo llegar a la orilla. Se acercó, alargó el brazo y volvió a cogerlo. Y este le picó de nuevo en la mano, cayendo otra vez al agua.

Por el sendero se acercó un campesino que había estado observado toda la escena:

—¿Por qué intentas salvar a ese escorpión? ¿No ves que está en su naturaleza

picarte?

La mujer no le hizo caso y buscó alrededor algo con lo que sacarlo. Encontró un palo, se lo acercó y finalmente pudo dejarlo en tierra.

—Y en mi naturaleza está salvarlo —contestó.

* * *

La verdadera riqueza

Un monje, tras caminar durante todo el día por el bosque, había llegado a las afueras de una pequeña ciudad justo cuando ya comenzaba a anochecer. Como el tiempo era bueno, decidió pasar la noche bajo un árbol, a la luz de las estrellas.

Cuando ya se había acomodado y se disponía a cenar algo, observó a un campesino que se dirigía hacia él a toda prisa.

En cuanto el hombre llegó a su altura lo primero que hizo fue gritarle.

—¡Necesito la riqueza! ¡Dámela! ¡Dámela! —le imploró en voz alta.

—¿La riqueza? ¿Qué riqueza? No te entiendo —contestó el monje sorprendido—, tranquilízate, no sé de qué me estás hablando.

—Sí, la riqueza, la riqueza... ¡la necesito! —volvió a gritar—. ¡La noche pasada soñé que un monje iba a llegar a la ciudad, que se sentaría justamente bajo este árbol y que me daría una riqueza tan enorme que me duraría para toda la vida! ¡Y la quiero, la quiero, dámela!

El monje dejó la cena a un lado y asintió. Buscó entre sus bolsas y finalmente introdujo su mano en el interior de una de ellas.

—Sí, aquí está, creo que esto es lo que buscas. Lo encontré ayer cuando venía hacia aquí —y tranquilamente se lo entregó al campesino.

—¡Vaya! —exclamó este—. ¡Es un diamante, es un diamante! ¡Es el diamante más grande que he visto nunca! ¡Es increíble!

Lo observó durante unos instantes.

—¿Es para mí? ¿De verdad puedo quedármelo? —dijo finalmente.

—Sí, claro —le contestó el monje—, si lo que has soñado es cierto, significa que esa riqueza que debo darte es este diamante.

—Gracias, gracias, gracias. ¡Muchas gracias! —Y se fue corriendo.

El campesino llegó a su casa y, nada más entrar, cerró la puerta con llave. Se fue a su dormitorio, sacó el diamante y lo estuvo acariciando. Al rato se dio cuenta de lo que tenía entre las manos y, asustado, cerró la ventana y apagó la luz.

Pero aquella noche apenas pudo dormir. Se mantuvo despierto con la joya aferrada entre sus manos y con un hacha bajo la cama por si alguien venía a quitársela.

Al día siguiente, cogió el diamante, lo metió en una bolsa y se dirigió de nuevo hacia el árbol con la esperanza de que el monje aún no se hubiera marchado.

Afortunadamente seguía allí, en el mismo lugar, sentado sobre su manta.

—Buenos días, monje, vengo a devolverte esto, no lo quiero. En realidad creo que no es esta la riqueza que tenías que darme, quiero que me enseñes la otra.

—¿La otra? ¿A qué otra riqueza te refieres? —le contestó el monje.

—A la que te ha permitido desprenderte con tanta facilidad de este diamante.

* * *

El Regalo

Una maestra, en el día de su cumpleaños, estaba abriendo todos los regalos que le habían hecho cuando, de pronto, se le acercó una niña que llevaba una pequeña flor naranja en su mano.

—Vaya —dijo la maestra sorprendida al verla— ¿dónde has encontrado esa flor tan bonita?

—Bueno, en realidad no la he encontrado, he ido a buscarla. Esta es una flor que solo crece en las partes más alejadas del bosque, justo a la orilla del lago.

La profesora sabía que el lago estaba a unos seis kilómetros de distancia de la escuela y que aquella niña habría tardado horas en conseguir la flor.

Se emocionó tanto que no pudo evitar derramar unas lágrimas.

—Muchas gracias, muchas gracias, es un detalle tan tan bonito, pero no debiste ir tan lejos para buscarme un regalo.

—Bueno —contestó la niña— eso también forma parte del regalo.

* * *

Algo he hecho

Un hombre paseaba por la calle cuando, al girar la esquina, descubrió a una niña pidiendo limosna en el suelo. La pequeña iba sucia, parecía hambrienta y no paraba de tiritar. Se aferraba a una vieja manta para entrar en calor.

Aquel hombre, al ver la escena exclamó:

—Señor, ¿cómo permites estas cosas? ¿Por qué no haces nada para ayudar a esa niña?

En cuanto giró la esquina escuchó una voz:

—Claro que he hecho algo: te he hecho a ti.

* * *

La rosa y el sapo

En un precioso jardín, una rosa y un sapo habían ido creciendo juntos. Durante mucho tiempo compartieron todo tipo de vivencias, secretos y, sobre todo, una amistad que parecía eterna.

La vida iba pasando y el sapo observaba cómo su amiga se volvía cada vez más y más hermosa. Para él era un placer ir a visitarla, saltar a su alrededor y contarle todo lo que sucedía fuera de aquel jardín.

Pero la rosa comenzó a darse cuenta de su hermosura y de la atracción que ejercía sobre la gente que la miraba.

El único problema era que, de vez en cuando, aparecía un sapo dando saltos a su alrededor que espantaba a los que se acercaban.

Llegó el día en el que la rosa, ya cansada de la situación, habló con el sapo.

—Oye —le dijo—, ¿no podrías hacer lo mismo que haces aquí, eso de ir saltando de un lado a otro, en cualquier otra parte del jardín?

—Pero... —contestó confundido— hasta ahora nunca te había molestado mi presencia, siempre te había gustado tenerme alrededor...

—Sí, es cierto, pero me he dado cuenta de que espantas a todos los visitantes que vienen a verme. Les asustas y además... tu aspecto ya no armoniza con mi belleza.

—Vaya... —contestó triste el sapo— qué lejos han quedado aquellos tiempos...

Ambos se quedaron callados durante una eternidad. Él esperando una rectificación y ella, en cambio, esperando a que se fuera.

—Vale... —contestó finalmente el sapo— no te preocupes, el jardín es muy grande, puedo irme a cualquier otro sitio —y se alejó de allí.

Y la primavera pasó, y el verano, y también el otoño...

Y durante todo aquel tiempo, ambos hicieron su vida por separado. No volvieron a verse en meses, hasta que un día el sapo decidió acercarse a visitar a la rosa.

Pero al llegar se quedó totalmente sorprendido. Su amiga, aquella bonita flor, estaba ahora marchita, apenas quedaba rastro de la belleza que había tenido meses atrás. Sus pétalos estaban agujereados, su tallo caído...

—Hola, Rosa.

—Hola, Sapo —contestó ella con rocío en las mejillas.

—Pero ¿qué te ha pasado?, ¿qué te han hecho?, ¿por qué tienes tan mal aspecto?

—No lo sé. Los primeros días todo fue bien, pero poco a poco comenzaron a comerme los bichos, sobre todo las hormigas. Un día un picotazo aquí, otro día otro picotazo allá y se han apoderado de mí...

—¡Ay, Rosa! —le contestó el sapo— nunca te diste cuenta de que antes había alguien que se comía todos esos bichos que estaban cerca de ti. Estabas demasiado ocupada observando tu propia belleza.

* * *

El jardinero

A un monje se le había dado el encargo de cuidar el jardín de un precioso templo zen. En el interior del mismo vivía un viejo y respetado maestro.

Cierta día, el monje se enteró de que vendría una visita muy importante, por lo que se levantó temprano con la intención de dejar el jardín en perfectas condiciones.

Estuvo quitando la maleza, podando los rosales, regando el césped y, finalmente, pasó más de dos horas recogiendo todas las hojas que la llegada del otoño había arrebataado a los árboles.

Cuando, tras varias horas de trabajo, acabó de arreglarlo todo, se dio cuenta de que el maestro estaba asomado a una de las ventanas del templo.

—¡Buenos días, maestro! ¿Le gusta cómo ha quedado el jardín?

—Bueno... sí, pero le falta algo para que esté perfecto.

—¿Algo? —contestó el monje extrañado—. Dígame qué es y lo arreglo enseguida.

—No, mejor me acerco ahí y te lo enseño.

El maestro se dirigió lentamente hacia el centro del jardín, cogió el tronco del árbol más grande que había y comenzó a zarandearlo. Al instante empezaron a caer cientos de hojas que se esparcieron por todo el suelo.

—Ahora está perfecto.

* * *

¿Qué necesito?

Un maestro se desplazó, junto a un grupo de monjes, a una gran ciudad para participar en unas jornadas sobre la meditación y el desapego de lo material.

Habló sobre lo fácil que es vivir con poco, sin lujos, sin las necesidades impuestas por el consumismo desmedido. Contó que él apenas tenía muebles o ropas y era muy feliz.

Tras acabar las jornadas, el maestro y sus alumnos se fueron al aeropuerto para coger el avión de regreso. Como tenían dos horas libres decidieron entrar en un centro comercial, pues la mayoría de ellos nunca había estado en ninguno.

Pasearon por los pasillos observando todos los productos que les rodeaban, y cuando ya había transcurrido más de una hora decidieron que era momento de irse, pero no encontraban al maestro por ningún lado.

Finalmente lo descubrieron yendo por los pasillos, tocando la mayoría de objetos, examinándolos, interesándose por ellos... incluso llegó a preguntar a algún vendedor por el precio o utilidad de los mismos.

Asombrados por aquel comportamiento, ninguno se atrevió a decir nada y, lentamente, se dirigieron a la salida para esperarlo allí.

Cuando ya apenas faltaban unos minutos para embarcar observaron que el maestro salía tranquilamente del centro comercial y se dirigía hacia ellos.

—Bien, hermanos, se ha hecho un poco tarde, creo que ya es hora de marchar hacia casa —les dijo.

Todos se quedaron en silencio. En realidad ninguno de los alumnos se atrevía a decir nada, pero no entendían que justamente él hubiera caído en la red del consumismo.

Finalmente, uno de ellos, el más joven, se atrevió a hablar.

—Maestro, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro, adelante.

—Cómo es que usted, que cultiva la austeridad, ha estado tanto tiempo observando todo lo que había allí dentro.

—Es que me he quedado maravillado de todas las cosas que existen y no necesito.

* * *

La impaciencia

Un alumno llevaba dos años practicando artes marciales con un reputado maestro hasta que un día, cansado de ver que no avanzaba tanto como quería, se acercó a él y le preguntó.

—Maestro, ¿cuánto tiempo cree que me llevará aprender todo lo que usted sabe?

—Unos diez años —le contestó de forma improvisada.

—¡Diez años! —exclamó—, pero no puede ser, yo quiero dominar las artes marciales mucho antes. ¿Y si comienzo a practicar más duro? Si en lugar de practicar seis horas al día, practico diez o doce o más... si le consigo quitar horas al sueño, ¿cuánto podría tardar entonces?

El maestro se quedó durante unos segundos meditando:

—En ese caso tardarás unos veinte años.

* * *

El burro en casa

Un anciano estaba harto de que su vecino le pidiera cosas que después nunca devolvía, por eso, cuando al día siguiente fue a su casa a pedirle el burro...

—Vecino, ¿podrías dejarme tu burro durante el día de hoy?, es que tengo que realizar unas compras y así me ayudará a traer la carga.

—Lo siento, pero hoy ya lo he prestado.

—Vaya, qué mala suerte.

Pero justo cuando ya se iba, se escuchó el rebuznar del burro. El sonido venía de la parte de atrás de la casa del anciano.

—Pero... si puedo oír al burro ahí atrás, ¿no me acabas de decir que lo has prestado?

En ese momento el anciano explotó.

—¡Vete, vete de aquí! Un hombre que cree más en la palabra de un burro que en la mía no merece seguir en mi casa.

* * *

La verdad

Un hombre llevaba mucho tiempo en busca de la verdad. Había recorrido selvas, desiertos, ciudades... hasta que un sabio le confió el lugar donde encontraría lo que buscaba.

Tras varias jornadas de camino, por fin llegó a un inmenso templo excavado en la roca, se acercó a la entrada y, al ver que no había nadie, accedió a su interior.

Se sorprendió al descubrir una enorme estancia de varios pisos totalmente repleta de velas de aceite.

Al poco tiempo observó a un anciano que iba de vela en vela cuidando de ellas.

—¿Es aquí donde puedo encontrar la verdad?

—Sí, aquí es, ve todas esas velas...

—Sí, ¿para qué son?

—Verá, cada una representa la vida de una persona, a medida que se consume el aceite significa que le va quedando menos tiempo.

—Vaya —contestó el viajero sorprendido— y podría indicarme usted cuál es la mía.

—¿Seguro que desea saberlo? ¿Seguro que desea saber la verdad?

—Sí, claro, a eso he venido, por eso llevo caminando tanto tiempo, me gustaría conocer la verdad.

—En ese caso, sígame y la buscaremos.

Comenzaron a subir varias escaleras y, después de atravesar más de diez habitaciones, por fin llegaron a una pequeña sala.

—Esa de allí, la cuarta empezando por la derecha, es la suya.

El viajero se acercó lentamente a su vela y cuando ya la tenía enfrente, se dio cuenta de que la llama estaba flaqueando, casi a punto de extinguirse. Por eso cogió la vela de al lado con la intención de verter algo de aceite en la suya.

Cuando el aceite ya estaba a punto de pasar de una vela a la otra, el anciano le detuvo la mano.

—Pensé que buscaba la verdad.

* * *

Ante quien estás

En una tierra lejana había un violento y cruel general que, con un gran ejército, iba conquistando cada ciudad por la que pasaba, obligando a todos sus habitantes a huir.

Pero un día, al llegar a una pequeña aldea, ocurrió un hecho insólito: todos los habitantes huyeron excepto el maestro de zen, que se mantuvo meditando en el templo.

Preso de la curiosidad, el general fue hasta allí para ver qué ocurría con ese hombre que se atrevía a retarle.

Entró en la habitación y el viejo le saludó tranquilamente.

—Hola, bienvenido seas a mi humilde hogar.

Esto encendió aún más la cólera del general que cogió la espada y apoyó la punta de la misma en la nuca del viejo maestro.

—¡Estúpido, no te das cuenta de que estás parado ante un hombre que podría atravesarte la cabeza sin cerrar un solo ojo!

—Y usted no se da cuenta, general, de que está parado ante un hombre que podría ser atravesado por una espada sin cerrar un solo ojo.

* * *

El árbol de los deseos

Un viajero llevaba ya varias horas caminando cuando, a lo lejos, vio un precioso árbol en el que cobijarse del sol.

Una vez allí se tumbó bajo su sombra y se sorprendió de lo bien que se encontraba. Comenzó a imaginar lo maravilloso que sería disponer de un cesto con comida para mitigar el hambre que traía. Y, de pronto, a sus pies, apareció un gran cesto con queso, pan, aceite...

—¡Vaya! —exclamó, este debe ser uno de esos árboles de los deseos que dicen que hay por la zona, ¡qué suerte he tenido!

Mientras comía se imaginó también bebiendo un buen vino. Visualizó cómo llenaba una copa y se la llevaba a la boca. Visualizó que el vino entraba en su garganta y llegaba hasta el estómago.

Y en ese mismo instante, una botella de vino apareció junto a él.

El hombre no se lo podía creer, todo lo que imaginaba, todo lo que visualizaba en su mente se convertía en realidad.

Había acabado ya de comer y se dio cuenta de que, aun estando bajo la sombra del árbol, tenía mucho calor, pues el sol castigaba fuerte esas tierras.

Comenzó a imaginar lo bien que se encontraría si aparecieran unas cuantas nubes en el cielo y soplase una suave brisa. Con los ojos cerrados lo visualizó de tal manera que, poco a poco, fue sintiéndolo.

En cuanto los abrió descubrió que el viento estaba empujando las pocas nubes que había y estas estaban tapando el sol.

Le habían hablado muchas veces de esos árboles de los deseos pero jamás pensó que los rumores eran reales.

Estaba tan bien allí que decidió que era un buen momento para dormir una siesta antes de continuar su camino. Pero cuando empezaba a dormirse se dio cuenta de que aquella era una zona solitaria en la que solían frecuentar tigres.

Comenzó a tener miedo, no paraba de temblar al imaginar que venía un tigre y le atacaba.

Y justo en ese momento apareció un tigre y se lo comió.

* * *

¿Dónde buscar?

Un anciano comenzó a buscar algo por el jardín que había fuera del monasterio.

Cuando llevaba ya más de una hora, se le acercó un monje.

—Buen hombre, ¿qué está usted buscando?

—Las llaves del monasterio, no las encuentro por ningún sitio, llevo aquí ya un buen rato y no hay forma.

—No se preocupe, yo le ayudo.

Ambos continuaron buscando por todo el jardín.

Al rato se acercó otro monje y les hizo la misma pregunta. Y al momento comenzó a buscar también él las llaves.

Se acercaron hasta seis monjes para ayudar al maestro a buscar las llaves que había perdido.

Cuando ya llevaban más de una hora, uno de ellos preguntó:

—Este trozo de jardín es pequeño, y somos diez personas buscando unas llaves que, además, son bastante grandes. Perdone mi atrevimiento, ¿pero está usted seguro de que las perdió aquí?

—Aquí... ah, no, no... en realidad las perdí en el sótano de la cocina, ahí adentro —respondió sin inmutarse mientras continuaba buscando.

En ese momento todos pararon de buscar.

—Pero, entonces... ¿por qué las está buscando aquí afuera?

—Bueno, porque aquí hay más luz y la compañía es, sin duda, mucho mejor.

* * *

El anillo del equilibrio

Existía, en un país muy lejano, un rey que no era capaz de mantener el equilibrio entre la alegría y la tristeza. Cuando algo bueno le sucedía, no cabía en sí de gozo, lo celebraba por todo lo alto y de forma incluso desmedida; pero, en cambio, cuando algo malo ocurría, se deprimía tanto que podía pasar varios días en cama.

Harto de esta situación, prometió mil monedas de oro a aquella persona capaz de fabricar un anillo que le ayudara a tolerar mejor las malas situaciones y a no celebrar de forma tan exagerada las buenas. Un anillo para encontrar el equilibrio en sus emociones.

Durante semanas fueron pasando por palacio todo tipo de personas: famosos joyeros, magos, hechiceros, artesanos... Todos ellos le trajeron centenares de anillos distintos: fundidos en oro, en plata, con piedras preciosas, de distintas formas y colores... pero ninguno de ellos era capaz de proporcionar al rey el equilibrio que necesitaba.

Cuando habían pasado ya casi dos meses y todos se habían dado por vencidos, llegó al reino un viajero que solicitó audiencia.

—¿Qué deseáis? —le preguntaron los guardias.

—Quiero ver a su majestad, pues tengo el anillo que ha estado buscando durante todo este tiempo.

Extrañados le comunicaron la noticia al rey y este finalmente aceptó.

Aquel viajero entró en palacio ante la mirada de todos los cortesanos. Avanzó lentamente hasta el trono y, con una voz suave, dijo:

—Majestad, tengo aquí el anillo que necesita. A mí me ha servido desde hace años para mantener el equilibrio en todo momento. Cada vez que me encontraba muy triste o muy alegre, lo observaba durante unos minutos.

Lentamente se lo quitó para dárselo al rey.

Este, nada más cogerlo, se dio cuenta de que era un simple anillo de bronce, sin ningún valor económico aparente y sin ninguna característica especial hasta que, de pronto, se quedó mirando las tres palabras que había escritas en su superficie. Las leyó, sonrió y se lo puso.

—Gracias, viajero, este es justo el anillo que necesito.

Y dirigiéndose a todos los cortesanos exclamó.

—Este hombre ha traído el anillo que tanto tiempo he estado buscando. Un simple anillo de bronce, un anillo que tiene tres palabras escritas, las mismas tres palabras que quiero que a partir de ahora se incluyan en mi escudo real: «Esto también pasará».

* * *

El caballo y el burro

Un caballo y un pequeño burro regresaban del mercado junto al dueño y su hijo. La compra aquella mañana había sido abundante y los animales iban muy cargados. Ambos comenzaron a andar sabiendo que les quedaba un largo camino.

Cuando ya llevaban dos horas bajo el sol, el burro se acercó al caballo y le susurró al oído:

—¿Podrías ayudarme con el peso, soy pequeño y me han puesto prácticamente la misma carga que a ti?

El caballo miró hacia otro lado y se adelantó unos metros como si no hubiera escuchado nada.

Ambos animales continuaron caminando.

Una hora más tarde el burro apenas podía tenerse en pie y su ritmo era cada vez más lento. Hizo un último esfuerzo para alcanzar de nuevo al caballo y pedirle ayuda.

—Amigo, si en algo valoras mi vida, por favor, ayúdame con la carga.

El caballo miró hacia otro lado como si aquellas palabras no fueran dirigidas a él.

En apenas unos minutos se escuchó el crujir de un hueso y el burro se desplomó en el suelo.

Padre e hijo, al ver al burro herido, se apresuraron a recoger toda la carga y a ponerla sobre el caballo. Una vez fijada correctamente para que no cayera, cogieron al burro y también lo subieron a lomos del caballo.

Aún quedaban varias horas de viaje.

* * *

El cántaro roto

En una pequeña aldea situada en pleno desierto, vivía un hombre que cada mañana traía agua desde un manantial ubicado a unos pocos kilómetros de distancia.

Colocaba dos grandes cántaros a ambos lados de una gruesa barra de madera que, a su vez, apoyaba en sus hombros. Y así, con la alegría en el cuerpo y una sonrisa en el alma, comenzaba un camino que siempre era el mismo.

Tardaba más o menos una hora en llegar hasta el manantial. Una vez allí, se sentaba un rato a descansar y después llenaba los dos cántaros para iniciar el regreso.

Aunque eran parecidos, había una diferencia importante entre ambos recipientes. Uno cumplía a la perfección su trabajo, pues mantenía toda su agua intacta durante el trayecto. En cambio, el otro, debido a una pequeña herida en uno de sus costados, iba perdiendo agua durante el regreso; tanta que, al llegar de nuevo a la aldea, había perdido la mitad de su contenido.

Este último cántaro, conforme pasaban los días, se sentía cada vez más y más triste, pues sabía que no estaba cumpliendo con su trabajo. Y aun así no entendía por qué su dueño no lo arreglaba o, directamente, lo sustituía por otro. «Quizás», pensaba, «esté esperando el momento en que me rompa totalmente para cambiarme por uno más nuevo».

Y así pasaban los días, y las semanas, y los meses, y sobre todo los pensamientos de un cántaro que cada día se sentía menos útil...

Llegó el día en que ya no pudo aguantar más y, aprovechando, que el aguador lo abrazaba entre sus manos para llenarlo de agua, se dirigió a él:

—Me siento culpable por hacerte perder tiempo y esfuerzo. Te pido que me abandones y me cambies por otro más nuevo, pues ya ves que soy incapaz de servirte como debiera.

—¿Qué? —contestó el aguador, extrañado—. No te entiendo, ¿por qué dices que no me sirves?

—Acaso no te has dado cuenta de que estoy roto y voy perdiendo la mitad del agua durante el camino de vuelta.

El aguador, conmovido, mostró una pequeña sonrisa, la abrazó junto a su pecho y le dijo en voz baja.

—No eres mejor ni peor, simplemente eres diferente y justamente por eso te necesito.

El cántaro no entendía nada.

—Mira, vamos a hacer una cosa —le contestó el aguador—. Hoy, durante el trayecto de vuelta quiero que te fijas bien a qué lado del camino crecen flores.

* * *

La mujer perfecta

Un conocido comerciante se encontró un día con un amigo al que hacía ya varios años que no veía.

Tras hablar durante un buen rato de la vida, su amigo le hizo una pregunta sobre su situación amorosa.

—Entonces, ¿nunca pensaste en casarte?

—Sí, la verdad es que sí, hace ya unos cuantos años me dediqué a buscar por varias partes del mundo a la mujer perfecta.

»En mi primer viaje, tras pasar dos semanas cruzando el desierto, llegué a una lejana ciudad donde conocí a una mujer muy bonita y además muy espiritual, pero ella no sabía nada de las cosas del día a día.

»Por eso decidí continuar mi búsqueda hasta que llegué a una pequeña población en medio de las montañas. Allí conocí a una mujer que sabía mucho de todos los temas terrenales y además también era bastante espiritual.

—¿Y qué ocurrió? —le preguntó su amigo.

—¿Que no era tan bonita como la anterior? —contestó.

Entonces decidí tomar un barco y acercarme hasta unas islas casi desconocidas.

Tardé más de un mes en llegar, pero valió la pena, pues allí encontré a una mujer muy guapa. Tenía unos ojos preciosos, un rostro delicado, una piel suave... su belleza era enorme pero...

—Pero...

—Pues que apenas conocía nada de la vida, solo se dedicaba a cuidar su cuerpo y no pude tener una conversación con ella sobre ningún tema.

—¿Y qué hiciste? —preguntó de nuevo su amigo.

Continué viajando y visitando muchas ciudades, hasta que finalmente el destino me llevó hasta El Cairo.

Allí, una noche, mientras cenaba en un precioso restaurante conocí a la mujer perfecta.

Era una joven bonita, y además muy espiritual. Estuvimos hablando durante un buen rato y descubrí que era mucho más lista que yo en todos los aspectos.

—Vaya, ¿y entonces qué ocurrió?, ¿por qué no te casaste con aquella joven?

—¡Ay, amigo mío! Porque ella también buscaba a un hombre perfecto.

* * *

Respeto

Una mujer estaba poniendo flores sobre la tumba de su esposo cuando vio a un anciano colocando un plato de arroz en la tumba de al lado.

La mujer se dirigió a él en tono de burla y le preguntó:

—¿De verdad cree que su difunto vendrá a comerse ese arroz?

—Sí, claro —respondió el anciano— el mismo día que el suyo venga a oler esas flores.

* * *

El invitado

Había un viejo rey al que le encantaba dejar en ridículo a la gente, por eso siempre buscaba ocasiones para poder reírse de alguien.

Un día, aprovechando que un conocido sabio había llegado a la ciudad, mandó a unos mensajeros para que le entregasen una invitación a cenar en palacio.

El sabio se sintió halagado y aceptó, pero en cuanto llegó descubrió que no iba a cenar solo con el rey sino con todos sus cortesanos.

El monarca le cedió un lugar a su lado y dio orden para que comenzara la cena.

Tras los primeros entrantes llegó el plato principal de la noche: un succulento cordero.

Comenzaron a comer y el sabio se dio cuenta de que cada vez que el rey cogía un trozo de cordero de la fuente y se lo comía, en lugar de dejar los huesos en su propio plato, se los ponía a él.

Tras un buen rato, justo cuando los sirvientes iban a retirar los platos del sabio y del rey, este último se levantó y dijo en voz alta:

—¡Vaya un desagradecido! ¡Mirad, mirad si es glotón! Este hombre, con lo respetado que dice ser, apenas tiene modales. Solo tenéis que ver su plato, lleno de huesos, ha comido el doble que todos nosotros. ¡No te da vergüenza!

Todos los allí presentes comenzaron a reír a carcajadas, intentando dejar en ridículo al sabio, pero este no se inmutó.

Dejó que acabaran las risas y con un tono tranquilo dijo:

—Majestad, si yo soy glotón, me pregunto qué palabra habrá que utilizar para el hombre que, como usted, se come la carne con huesos y todo.

* * *

El padre, el hijo y el burro

Trata esta historia de un padre, su hijo y un burro que regresaban a casa tras un duro día de trabajo en el campo. El hijo iba sentado en el burro mientras el padre los acompañaba a pie.

Al pasar por una pequeña aldea, escucharon como una mujer le decía a otra:

—¡Lo que hay que ver! Que un hijo tan joven y tan fuerte haga caminar a su padre mientras él va subido a lomos del burro. ¡Qué poca vergüenza!

El hijo, al escuchar el comentario, trató de convencer a su padre para que se cambiaran la posición durante el resto del camino.

Así pues, el padre se sentó a lomos del burro y el hijo continuó a pie.

Apenas habían salido de la aldea cuando se cruzaron con un peregrino que, al verlos, no pudo evitar comentar en voz alta:

—¡Mira esos dos! El padre a lomos del burro mientras el pobre hijo tiene que ir caminando... ¡Vergüenza tendría que darle! ¡Vaya padre!

Al escuchar el comentario, el padre pensó que quizás aquel hombre tenía razón y que pudiendo ir los dos en el burro por qué no hacerlo. Así pues, ambos se subieron a lomos del animal.

Cuando ya les quedaba poco para llegar a su pueblo se encontraron a un cura que les hizo detenerse:

—¿No os da vergüenza? ¡Pobre animal! Hay que ser muy vago y muy cruel para hacer algo así... Vosotros ahí arriba, bien cómodos, mientras el burro ya no puede ni con su alma.

—Pero... —Intentó justificarse el padre.

—¡Ni pero ni nada! —contestó el cura—, bajad ahora mismo antes de que matéis a este pobre animal.

Padre e hijo se bajaron y continuaron el camino que les quedaba a pie, junto al burro.

Y así llegaron por fin a su pueblo...

En cuanto entraron en la Plaza Mayor se dieron cuenta de que un grupo de personas les señalaban mientras se reían a carcajadas.

¡Mirad a esos! No se puede ser más tonto, tienen un burro y van los dos caminando... ¡Y el burro tan tranquilo!

* * *

La prueba

Un día un rey decidió hacerle una prueba a su bufón, pues quería saber si aún estaba a la altura para seguir ejerciendo su trabajo, de lo contrario lo despediría y se dedicaría a buscar uno nuevo.

Lo citó en palacio y allí tuvo la siguiente conversación:

—Hola, majestad —le saludó el bufón— ¿quería usted verme?

—Sí, sí, muchas gracias por venir —le contestó el rey amablemente—. Verás, llevo un tiempo pensando en si sigues siendo igual de bueno que al principio, por eso he decidido hacerte una prueba. A ver si sigues manteniendo esa chispa y ese ingenio.

—Sí, claro que sí, dígame qué debo hacer, majestad.

—Bueno, pues he pensado... quiero ver si eres capaz de ofenderme de tal manera que tu disculpa sea incluso peor que tu ofensa.

—Muy bien, pensaré en ello.

—Perfecto, te doy un plazo de siete días para lograrlo. Si en una semana no has sido capaz de superar el reto comenzaré a buscar un nuevo bufón.

Y los dos se despidieron.

El bufón estuvo pensando en mil formas de cumplir con la prueba que le había pedido el rey pero no era capaz de encontrar la solución.

Y los días iban pasando, y el bufón se ponía cada vez más y más nervioso porque no sabía qué hacer. Cada vez le iba quedando menos tiempo.

Finalmente, después de cuatro días, se le ocurrió cómo superar aquella difícil prueba.

Cuando se cumplía ya el plazo, el rey y el bufón salieron a pasear por los jardines de palacio. Hacía una preciosa mañana y ambos conversaban sobre diferentes temas.

De pronto, el bufón agarro por sorpresa al rey y, sujetándolo por la barba, le dio un beso en la boca.

—Pero ¿qué haces? Suéltame, suéltame... ¡te has vuelto loco! Solo por esto merecerías pasar unos días en el calabozo.

—Perdóneme su majestad, perdóneme, pero es que por un momento le había confundido con su esposa.

* * *

Igual que antes

Un joven llevaba unos días preocupado porque le había fallado varias veces a su mejor amigo y notaba que poco a poco se estaban distanciando.

Como no sabía muy bien qué hacer, decidió ir a pedir consejo a su madre. Aprovechó el momento del desayuno para contarle todo lo que había ocurrido.

—Sí, mamá, el otro día quedé con él y se me olvidó ir, me estuvo esperando casi una hora hasta que se marchó. En otra ocasión también se me olvidó ir a un acto que era muy importante para él...

—Bueno, normal que esté molesto contigo —respondió la madre.

—Sí, pero yo siempre he pensado que nuestra amistad era más fuerte que todo eso, que todas esas pequeñas cosas pasaban y al día siguiente todo volvía a ser como antes.

—¿En serio piensas eso?

—Sí, claro, somos amigos de toda la vida. Estas cosas pasan, y al día siguiente todo debería volver a ser igual.

En ese momento la madre se fue a la cocina, cogió un plato y se lo dio a su hijo.

—Toma, cógelo y tíralo al suelo.

—¿Qué? —contestó extrañado.

—Coge el plato y tíralo al suelo.

El hijo al ver la seriedad de su madre cogió el plato y lo tiró al suelo. Y este se rompió en varios trozos.

—Y ahora coge esos trozos, pégalos e intenta que el plato quede como antes.

* * *

El burro famoso

Un comerciante llevaba toda la vida viajando con su burro, en realidad podríamos decir que aquel animal era su única familia.

Iban de mercado en mercado comprando y vendiendo objetos, y jamás se habían separado el uno del otro.

Pero un día, cuando llegaron a una lejana ciudad para acudir a un gran mercado, el burro, a causa de la vejez, no pudo caminar más y murió.

El comerciante quería tanto a su burro que decidió enterrarlo como si fuera una persona. Por eso, por la noche, cuando nadie podía verle, accedió al cementerio y lo enterró.

Al día siguiente, por la mañana, se acercó a la tumba y le llevó las flores más caras y bonitas que encontró. Y allí permaneció, llorando durante varias horas.

—Eras lo mejor que he conocido. Nunca me has fallado, has sido amigo, compañero... Me has enseñado tanto, he aprendido tanto contigo durante todos estos años.

Y así, día tras día, el hombre visitaba la tumba del burro para decirle todo lo que había supuesto su vida con él.

La gente de alrededor se preguntaba qué gran personalidad habría enterrada allí para que aquel hombre hubiera ido tantos días a visitarle.

Finalmente, el comerciante tuvo que partir, no sin antes dejar un inmenso ramo de flores sobre la tumba.

Fue pasando el tiempo y fueron creciendo los rumores de que allí había enterrado alguien muy importante: quizás un gran sabio, o un gran maestro...

Los rumores se fueron extendiendo por las ciudades vecinas y cada vez se acercaban más peregrinos a visitar la tumba.

Tras unos años, eran tantas las visitas que decidieron construir un enorme panteón para aquel sabio.

Un buen día, el dueño del burro pasó cerca de la ciudad y decidió ir al cementerio para ver la tumba de su amigo.

Cuando llegó se dio cuenta de que para acceder a ella tenía que hacer una enorme cola.

—¿Usted también ha venido a rezarle al sabio? —le comentó un hombre.—No, no, yo solo he venido a ver a mi burro.

* * *

La razón

Dos hombres estaban plantando unas semillas cuando una abeja comenzó a rondarles. Uno de ellos, sin pensarlo, dio un manotazo en el aire y la mató.

—Pero ¿qué has hecho? —le increpó el otro— has matado a una abeja, es una vida como la tuya y la mía.

—Pero es que estaba a punto de picarme y ya sabes que soy alérgico.

—Aun así no deberías haberla matado, era un ser vivo.

—Ya, pero iba a picarme, ya te lo he dicho.

En esa discusión estaban cuando decidieron ir a visitar a un sabio que vivía cerca para ver quien de los dos tenía razón.

Mientras caminaban hacia su casa se les unió un vecino que había presenciado toda la discusión y deseaba conocer el desenlace de la misma.

—Sabio, mi amigo ha matado una abeja por miedo a que le picase y yo le he contestado que no debía hacerlo, pues no deja de ser una vida, creo que ha actuado mal, ¿usted qué piensa?

El sabio meditó durante unos segundos:

—Sí, es cierto, tienes razón.

Su compañero, sorprendido, no pudo contenerse y protestó.

—¡Qué! ¿Cómo que tiene razón? Si no hubiese matado a la abeja y esta me hubiese picado, la vida que habría corrido peligro sería la mía.

El sabio se quedó en silencio de nuevo y, tras unos instantes, contestó:

—Sí, es cierto, tienes razón.

El vecino, que hasta ese momento no había dicho nada, sorprendido por la respuesta, también intervino en la discusión:

—¿Cómo es posible que ambos tengan razón si sus planteamientos son contrarios?

El sabio volvió a meditar durante unos instantes:

—Sí, es cierto, también tú tienes razón.

* * *

El erudito y el barquero

Un famoso erudito estaba realizando un viaje de investigación y, para continuar con el mismo, debía llegar a una remota isla. Para ello contrató a un barquero de la zona.

Este era un hombre sin estudios, de hecho apenas sabía leer o escribir.

—Buenos días.

—Buenos días, barquero. Necesitaría viajar a la isla Mayoepki.

—Está bien, pero debemos zarpar cuanto antes, pues se viene tormenta.

—En realidad —contestó el erudito— la expresión correcta sería se avecina tormenta, ¿acaso usted no ha estudiado gramática?

—No, la verdad es que no. Nunca pude ir al colegio, me dediqué a trabajar desde pequeño.

—Vaya, pues ha perdido usted una gran parte de su vida.

El erudito subió a la barca junto a un avergonzado barquero. Estuvieron navegando durante un buen rato bordeando la costa.

—Dígame, ¿aquellos árboles de allí son alguna variedad de pino?

—Pues en realidad no sabría decirle —contestó el barquero.

—Vaya, pues debería saberlo, la botánica es muy importante.

Creo que ha perdido usted otra gran parte de su vida.

Continuaron el trayecto en silencio durante un rato hasta que el erudito habló de nuevo.

—Y de cuentas, ¿cómo anda usted?

—¿A qué se refiere?

—Pues al pago de los viajes, saber qué día de la semana gana más dinero, si tiene pérdidas, ganancias... la contabilidad básica.

El barquero se quedó callado.

—No me irá usted a decir que tampoco sabe nada de contabilidad...

—No —contestó avergonzado.

—Pues sepa usted que ha perdido mucho el tiempo y otra gran parte de su vida.

De pronto el barquero miró a lo lejos con rostro de preocupación.

—Creo que ya nos ha alcanzado la tormenta.

—¿Cómo lo sabe, ha consultado las presiones o la velocidad del viento?

—No, simplemente lo sé.

—Perdone, pero yo he estudiado varios años meteorología y ahora mismo no se dan todas las circunstancias para que...

—Mire, usted dirá lo que quiera, pero lo mejor es que vayamos hacia la costa y mañana retomemos el viaje a la isla, es más seguro.

—De ninguna manera, no es necesario...

En ese momento un rayo cayó sobre la balsa y le hizo un agujero. Esta comenzó a llenarse rápidamente de agua.

—¿Sabe usted nadar? —preguntó el barquero mientras saltaba al agua.
—¡No, no, no...! —contestó el erudito asustado.
—Pues entonces ha perdido usted su vida.

* * *

¿Qué eliges?

Había un hombre del que se decía que podía adivinar cualquier cosa. De hecho, eran muchos los que se acercaban cada día a él para preguntarle por los más diversos temas.

Una mañana, el hijo del rey, sintiendo envidia de aquel hombre quiso dejarle en evidencia delante de todos.

Su idea era coger un pequeño pájaro, esconderlo entre sus manos y preguntarle qué traía. Si adivinaba que era un pájaro, entonces le preguntaría si estaba vivo o muerto. Si decía que estaba muerto, lo dejaría volar; y si decía que estaba vivo, entonces le apretaría el cuello con sus manos y lo mataría.

—¡Sabio! —le gritó delante de todo el mundo—, se dice que eres capaz de adivinar cualquier cosa, veamos si puedes averiguar lo que tengo entre mi manos.

Se hizo el silencio y el sabio, sin dudar, dijo:

—Entre tus manos tienes un pájaro.

—Muy bien, pero ¿ese pájaro está muerto o está vivo?

Se hizo de nuevo el silencio.

—Príncipe, el destino de ese pájaro está en tus manos.

Todos aplaudieron al sabio, pues se dieron cuenta de la trampa que le había intentado tender el príncipe. Este se fue de allí totalmente avergonzado y con la intención de contarle a su padre lo sucedido.

El rey, al conocer que el sabio había puesto en ridículo a su hijo, lo mandó encerrar.

Tenía intención de ejecutarlo, pero sus consejeros le dijeron que eso podía generar una revolución, pues la gente no lo entendería, a no ser que demostrara que el sabio, en realidad, era un impostor.

Por eso le tendieron una trampa: pensaron en darle a elegir entre dos papeles. Si sacaba el de inocente se salvaría, pero si sacaba el de culpable se demostraría que era un embustero y merecía morir.

El truco estaba en que en ambos papeles ponía lo mismo: culpable.

Llegó el día y, ante todo su pueblo, el rey dijo:

—Sabio, voy a darte a elegir entre dos papeles, en uno pone inocente y en el otro culpable, si realmente eres un adivino, sabrás cuál coger para salvar tu vida.

El rey dejó los dos papeles sobre una mesa y el sabio estuvo pensando durante unos minutos. Pero, de pronto, cogió uno de ellos, se lo metió a la boca y se lo tragó.

Ante el asombro de todos, el rey gritó:

—¡Pero qué has hecho, estúpido! Ahora no sabremos qué papel habías elegido.

—Sí, claro que sí, simplemente mirad lo que pone en el que aún está sobre la mesa y sabréis cuál he elegido.

* * *

El negociante

Se cuenta que un hombre de negocios muy importante comenzó sus días en una pequeña ciudad.

Y de aquella época ha llegado hasta nosotros una curiosa anécdota.

Se dice que cuando este hombre era joven, un día compró un burro a un viejo campesino por cien monedas, pero a los tres días, cuando fue a recogerlo...

—Hola, campesino, he venido a recoger el burro que te compré.

—Vaya, lamento decirte que el pobre burro se ha muerto esta misma noche, estaba ya muy viejo y por eso te lo dejé tan barato.

—Bueno, pues en ese caso devuélveme el dinero.

—No puedo, pues me lo he gastado y ya no lo tengo.

El joven pensó que había sido víctima de una estafa y que aquel burro seguramente ya estaría muerto cuando se lo vendió, aun así intentó sacar partido de aquello.

—Bueno, pues entonces dame el burro.

—Pero es que está muerto.

—Sí, ya lo sé, pero o me devuelves el dinero o me das el burro.

—Está bien —cedió finalmente el campesino—, y, por curiosidad, ¿qué piensas hacer con él?

—He pensado que lo voy a rifar.

—¿Qué? ¿Estás loco? No puedes rifar un burro muerto.

—Bueno, tú sí que has sido capaz de vendérmelo, ¿no?

El campesino se calló y se fue a por el burro para dárselo a aquel extraño muchacho.

Pasadas ya varias semanas, el joven y el campesino volvieron a encontrarse en el mercado.

—Al final, ¿qué hiciste con aquel burro, muchacho? —preguntó el campesino.

—Pues como te dije lo rifé. Vendí mil papeletas a una moneda. En total gané 999 monedas.

—¡Vaya!, sacaste diez veces más de lo que yo te cobré a ti, y por un burro muerto, pero ¿nadie se quejó?

—Bueno, en realidad solo se quejó el ganador, pero a él le devolví su moneda.

* * *

El problema

Un monje había cuidado un monasterio durante muchos años, era el hombre de confianza del maestro pero ya era viejo y había decidido retirarse.

El maestro reunió a todos sus alumnos para comentarles la noticia y para anunciarles que debía elegir a un nuevo guardián.

Todos sabían que era una decisión muy importante, pues el elegido asumía una gran responsabilidad al tener bajo su custodia las llaves de todas las estancias. Además, debía ser una persona muy resolutiva, pues ante cualquier problema debía actuar de forma rápida y correcta.

A la mañana siguiente, el maestro reunió a todos los monjes con la intención de plantearles un problema. El primero que lo resolviera sería el elegido.

El maestro apareció ante todos los discípulos portando en sus manos uno de los floreros más bonitos que había en el templo. Era de porcelana china con incrustaciones de oro. Lo dejó sobre una mesa y en su interior colocó un precioso ramo de rosas.

—Este es el problema —dijo.

Todos se quedaron en silencio.

Los monjes comentaban entre ellos y observaban el precioso florero: su diseño, el oro que relucía, el bonito color de las flores... pero no entendían qué significaba aquello.

Tras varios minutos en los que nadie hacía nada, un monje se levantó y se dirigió hasta la mesa en la que estaba el florero, lo cogió entre sus manos y lo lanzó contra el suelo rompiéndolo en mil pedazos.

Todos se quedaron en silencio, nadie se atrevía ni siquiera a moverse.

El maestro se levantó hacia el alumno y dijo en voz alta:

—Tú serás el nuevo guardián del templo. Yo fui muy claro, os dije que estabais delante de un problema y nadie hizo nada, excepto observarlo, darle vueltas. Los problemas tienen ese efecto sobre nosotros, nos gusta contemplarlos, darles vueltas, comentarlos, analizarlos... pero eso no los soluciona.

El problema puede ser un bonito florero, o un bello amor que ya no tiene sentido, muchas veces el problema es un camino cómodo y aplacible que tenemos que abandonar aunque eso nos suponga incomodidades. Lo que no se puede hacer es... no hacer nada.

* * *

El oro

Un hombre acumuló todos sus ahorros y se compró una gran pieza de oro que enterró bajo uno de los árboles de su jardín.

Todos los días iba y lo desenterraba para ver si el oro seguía allí. Tras contemplarlo, lo volvía a enterrar de nuevo.

Uno de sus vecinos observó sus frecuentes visitas al jardín y, una noche, se acercó al mismo lugar, encontró el oro y se lo robó.

Al día siguiente, en cuanto el hombre lo descubrió se puso a gritar, a lamentarse. Un amigo suyo, al enterarse del motivo de sus lamentos le dijo:

—No te preocupes que el asunto no es tan grave, busca una piedra y colócala en el hueco. Imagínate que es oro y ya está, total, nunca ibas a hacer uso de él.

* * *

Reparto injusto

Dos hombres habían sido contratados para construir una pequeña cabaña de madera, pero mientras uno de ellos trabajaba de sol a sol, el otro se sentaba en una silla y se dedicaba a observarle y a darle ánimos:

—¡Vamos, vamos! ¡Ya queda menos! ¡Vamos!

Así pasaban los días y lo que debería haber costado un mes finalmente costó el doble. Aún así, quien les encargó el trabajo les pagó lo establecido: cuatro monedas de oro.

En cuanto el hombre trabajador recogió el dinero, el otro fue a pedirle su parte.

—¿Cómo que tu parte? Si no me has ayudado en nada.

—Claro que sí —le contestó— te he estado animando y gracias a mí has conseguido acabar la cabaña.

Pero el hombre trabajador se negó a darle nada, por lo que el otro lo llevó ante el juez.

Una vez allí, ambos expusieron sus motivos.

—Señoría, yo he estado trabajando muy duro durante dos meses y este otro hombre lo único que ha hecho es darme ánimos a base de gritos.

—¿Es eso cierto? —preguntó el juez.

—Bueno, sí, pero si no llega a ser por mis ánimos seguramente no hubiera acabado nunca la casa. Él se habría cansado antes y ahora mismo no tendría las cuatro monedas de oro. Yo no paraba de decirle «¡Vamos, vamos, vamos!».

En cuanto el juez acabó de escuchar las dos versiones se fue para pensar en una solución justa.

Media hora después, regresó.

—A ver dígame, ¿cuántas monedas le pagaron por construir la cabaña? —le preguntó el juez al hombre trabajador.

—Cuatro monedas de oro.

—Muy bien, pues deme dos de ellas.

—Pero... no entiendo, ya le he dicho que no es justo que se quede él con la mitad —protestó.

—Deme las monedas, por favor.

En ese momento el juez se dirigió hacia el otro hombre, le mostró las dos monedas de oro y las lanzó al suelo.

—¿Ha oído usted ese sonido que han hecho las dos monedas al caer? —preguntó.

—Sí, claro, señoría.

—Muy bien, pues entonces con ese «clink», acabamos de pagar la deuda de su «vamos».

* * *

Las ramas mueven el viento

Sergol y Elonio eran dos amigos que compartían una afición común: ambos eran grandes observadores de todo lo que sucedía a su alrededor. Les encantaba quedar de vez en cuando para debatir posturas, analizar hechos y darle la vuelta a cualquier dogma o creencia establecida.

Los dos amigos eran capaces de pasar así tardes e incluso noches enteras, pues disfrutaban enormemente de este tipo de debates independientemente de sus posturas al respecto.

Un día, estando sentados bajo un gran árbol, comenzó a soplar una ligera brisa. En ese momento uno de ellos dijo:

—Sabes, Sergol, aunque parezca algo obvio, he llegado a la conclusión de que es el viento el que mueve las ramas de los árboles.

—Pero, Elonio, no seas ignorante, esa es la creencia popular, pero si investigas un poco más, te darás cuenta de que en realidad son las ramas de los árboles las que mueven el viento.

—Pero... qué tonterías dices, eso es imposible, todo el mundo sabe que es al contrario, que el viento mueve las ramas, las aspas de los molinos, las hojas, las cometas...

—Todo el mundo, todo el mundo... también todo el mundo pensaba que la tierra era plana...

En ese momento, un anciano que había estado escuchando la conversación les dijo:

—Ahora mismo no sé si es el viento el que mueve las ramas o son las ramas las que mueven el viento, pero al escucharos me he dado cuenta de que son las mentes lo único capaz de mover el mundo.

* * *

La paz perfecta

Cierto día se celebró un concurso para ver qué artista era capaz de reflejar en un cuadro la paz perfecta.

Debido a la importancia del mismo acudieron numerosos pintores venidos de distintas partes del mundo.

En total se presentaron más de cien obras que intentaban mostrar ese momento perfecto de calma y tranquilidad.

Unas mostraban preciosos atardeceres vistos desde una playa o desde la cima de una montaña, en otras se podían encontrar bonitos paisajes inundados por la luz del sol, por las flores o por la nieve.

Pero uno de los últimos días llegó una obra un tanto extraña, pues representaba todo lo contrario: era una escena en la que el mar golpeaba con furia las rocas y de las nubes salían varios rayos que llegaban hasta el agua.

Todas las obras presentadas se fueron mostrando a un respetado maestro budista que sería el encargado de elegir la ganadora.

El problema era que, conforme le llegaban, el maestro las iba rechazando todas.

—Pero... ¿no hay ninguna más, no hay alguna diferente? Todas estas no me sirven.

—No, maestro, ya le hemos traído todas las que se han presentado al concurso... aunque, bueno... en realidad sí que hay otro cuadro pero no se lo hemos traído porque hemos pensado que su autor se ha confundido de temática.

—Bueno, si se ha presentado tengo que darle las mismas oportunidades que al resto, si podéis traerlo...

A los pocos minutos llegaron con la pintura.

—Esta es. Como puede observar representa un escenario totalmente contrario a la paz perfecta.

El maestro comenzó a analizar la obra, la estuvo observando minuciosamente y, de pronto, se le dibujó una sonrisa en el rostro.

—Ya tenemos obra ganadora —exclamó.

—¿Qué? —contestaron todos los presentes confundidos.

—Sí, sí... mirad, mirad ahí, justo en la rama de ese árbol. Observad ese pequeño pájaro que desde su nido observaba tranquilamente la tormenta.

Todos se quedaron sorprendidos al descubrir ese detalle.

—Paz no significa estar en un lugar sin ruidos, sin problemas, sin viento, sin lluvia... Paz significa que a pesar de estar en medio de la tormenta, ese pájaro es capaz de mantenerse sereno y tranquilo. Ese es el verdadero significado de la paz perfecta.

* * *

El árbol baila

—Mira cómo baila.

—¿Quién?

—El árbol, ese árbol baila.

Me decía mientras señalaba con su pequeño dedo, mientras alumbraba todo mi alrededor con esa sonrisa que adornaba cada una de sus palabras.

«No, es el viento», estuve a punto de contestarle... pero me di cuenta de que la magia que se tiene a los tres años ya no se recupera.

Y en lugar de eso decidí ser yo quien, a partir de ese momento, lo viera todo desde otra edad. Por eso cada vez que un árbol, un barco, una cometa o una nube se mueve, sé que, en realidad, están bailando.

* * *



ELOY MORENO Olaria. (Castellón de la Plana, 1976). Es un escritor español que se ha dado a conocer tras la publicación de su primera novela, titulada *El bolígrafo de gel verde*. Realizó todos sus estudios en Castellón de la Plana. La Educación General Básica en el Colegio Público Virgen de Lidón y BUP y COU en el Instituto de Francisco Ribalta. Se tituló en Ingeniería Técnica en Informática de Gestión por la Universidad Jaume I donde acudía también a talleres de escritura. Tras finalizar sus estudios universitarios estuvo trabajando en una empresa de informática hasta que aprobó las oposiciones a informático en el Ayuntamiento de Castellón de la Plana, donde continúa trabajando.

El bolígrafo de gel verde presenta la singularidad de que una vez escrita la novela en 2011 fue el propio autor el que se decidió a autoeditarla y realizar la gestión de promoción y comercialización del libro. Tras haber recorrido gran parte de España en solitario, la editorial Espasa se interesó por su trabajo y realizó una publicación a nivel nacional.